

LA FILOSOFIA ARGENTINA

(*Balance y Perspectiva*)

por DIEGO F. PRÓ

Presentamos en este trabajo, que tiene como tema el balance y la perspectiva de la filosofía argentina, algunas reflexiones surgidas en la investigación del desarrollo de las ideas filosóficas en el país. Pensamos que los problemas y planteos que resultan o que se encuentran en tal empeño no son abstractos y esquemáticos. Nacen de la reflexión crítica sobre la tarea de la investigación en el campo de la historiografía de la filosofía argentina. No tienen por lo mismo carácter prejudicial ni responden a exigencias puramente subjetivas.

Por cierto, son cuestiones de orden general, inesquivables en la tarea del historiador de la filosofía aludida. No son vacíos esquemas clasificatorios. No se las puede considerar anticipaciones, porque ellas se plantean en la tarea del investigador. Significan una toma de conciencia de los puntos de orientación o de criterios de búsqueda y resultan de un proceso de ida y vuelta, o si se quiere circular, entre la realidad del proceso histórico de las ideas filosóficas y el pensamiento historiográfico. Desde el punto de vista expositivo son problemas preliminares. Son resultados recogidos por el historiador en su indagación. En este sentido, aunque conserven o adquieran carácter de cuestiones de orden general, no

deben ser consideradas como el vestíbulo de la historia de la filosofía, o como artificios de especialistas. Prestan el servicio, por lo demás, de ayudar a fijar la atención en criterios y dificultades antes de introducirse en el laberinto de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina.

La primera cuestión que se plantea es la de existencia misma de la filosofía argentina. Como en otros sectores de la cultura nacional (las letras, las artes plásticas, las ciencias, la música, la técnica), en un pasado no muy lejano hubo autores que negaron la existencia de la filosofía argentina. Esa respuesta negativa se ofrecía matizada: a veces la negación era total y rotunda. Los argentinos no habían tenido la ocurrencia de pensar filosóficamente, ni en forma continuada ni en forma intermitente. Otras veces la reticencia se fundaba en la oposición de términos que significaría la expresión de "filosofía argentina". La universidad del saber filosófico no admitiría ningún aditamento gentilicio. Salvan la dificultad con variantes en la expresión mencionada, que se raduce mediante el uso de variadas preposiciones.

La cuestión se contesta actualmente en la mayoría de los investigadores con un sentido afirmativo. Consideraciones distintas la fundamentan. Una de carácter filosófico, como es la de pensar que la filosofía es consustancial con la existencia humana, al menos como disposición o como deseo punzante de encontrar sentido a la vida y el mundo, o bien de afanarse en dar respuesta a cuestiones límites. No podría ser ajena a los argentinos si se atiende a esta reflexión. Tampoco puede serlo como pueblo con vocación civil, que tiene conciente o inconcientemente un conjunto de preferencias y orientaciones estimativas frente a los valores puros, que posee conductas o modos de realizarlos y cierto estilo de vida que alienta en todas sus creaciones culturales.

Independientemente de estas u otras razones valederas de carácter filosófico, existen otras que se apoyan en la realidad de do-

cumentos y fuentes filosóficas, que están siendo investigadas cada vez con mayor interés. Esos documentos pertenecen unos al pasado intelectual de la Argentina y otros a la actualidad de nuestro tiempo, donde no se puede negar no ya la erudición, asimilación y selección del pensamiento filosófico, sino la de cierta originalidad. Ha ocurrido con la historia de la filosofía argentina un poco lo que ocurrió con la historia de la literatura del país. Se comenzó negando su existencia (Mitre, Lamas y otros), hasta que la documentación y la investigación lograron asentarla definitivamente e incorporarla a la educación nacional en todos sus niveles. La historia de la filosofía reposa en dos elementos: los documentos y el pensamiento crítico. Si se ignoran las fuentes documentales o se pasa por ellas sin reflexión crítica, no es posible elaborar ninguna síntesis en ningún campo de la investigación histórica. Las fuentes documentales de la filosofía argentina existen y de un modo más extendido de lo que se piensa, pues los materiales recogidos hasta el presente están muy lejos de abarcarlos totalmente. Se puede esperar mucho de las búsquedas regionales, en las que están empeñados algunos investigadores, y aún de la masa documental no investigada todavía, como ocurre con buena parte de las obras del positivismo médico del siglo pasado.

Por otra parte, índices valederos para una respuesta positivista de la cuestión que consideramos son las obras y trabajos cada vez más numerosos y frecuentes, dedicados a la investigación y a la historiografía filosófica en la Argentina. A tales índices se agregan los congresos realizados (el de 1949, el interamericano de 1959, el actual de este 1971), las numerosas jornadas filosóficas y de humanidades; las sociedades filosóficas, las instituciones y centros consagrados a la docencia y a la investigación de la filosofía.

En suma: la cuestión de la existencia de la filosofía argentina ha sido aclarada en sus términos y en la actualidad es legítimo dar a la misma una respuesta afirmativa.

2. Punto de partida histórico

La segunda cuestión que se presenta es el punto de partida histórico de tal filosofía argentina. Naturalmente este problema se plantea en términos relativos y no absolutos, pues no se trata de los orígenes históricos de la filosofía en general. En términos de pregunta: ¿dónde comienza la filosofía argentina? Si consideramos su punto de partida como simultáneo con la independencia política del país, es preciso tomar siempre en cuenta el proceso de formación anterior. No se puede pensar que tal punto hay que situarlo en la Revolución de Mayo, pues los estudios anteriores, documentados en obras, tesis, apuntes de cursos, publicaciones periódicas pertenecerían exclusivamente a la historia de España en América. Pensamos que esta dificultad hay que resolverla como se ha hecho en la historiografía general, donde se respeta la continuidad del proceso histórico y dentro de esa continuidad se señalan las diferencias y etapas. Por otra parte, investigaciones recientes dan cuenta de intereses e ideas y miradas propias sobre todo en filosofía política, aspecto no desdeñable de la filosofía, pues a través de aquella se vuelve *praxis* histórica e influencia social. Bajo el manto aparentemente uniforme del período preindependiente no sólo hay muchas corrientes filosóficas, sino además sesgos americanos.

Hay que recordar, además, que la continuidad del proceso histórico en general, y el de las ideas filosóficas en particular, no permite establecer tajos o rupturas rotundas y separadoras. Dentro de la unidad del desarrollo histórico hay que asentar las diferencias de caracteres y direcciones o corrientes de ideas. Las diferencias de períodos no tienen que ser concebidas como diferencias de naturaleza y disyunción neta de elementos y rasgos enteramente dispares, sino como un desplazamiento del centro de gravedad en la realidad histórica y dentro de ésta en el aspecto de la historia de la filosofía argentina.

Despejada esta cuestión de orden general, hay que pensar que, como en la historia general del país, hay que tomar en cuenta también el período pre-independiente. Las fuentes documentales han permitido ese estudio como lo testimonian los trabajos de Garro, Korn, Ingenieros, Alberini, Furlong, Martínez Paz, Orgaz, Zuretti y algunos más. No plantea dificultades de orden general ni de carácter documental, el estudio del desarrollo de las ideas filosóficas en el período independiente, a pesar de las etapas en que la dura brega por la independencia y más tarde por la organización del país, restaron energías o hicieron intermitentes el pensar filosófico, al menos en su sentido técnico. Los estudios de los autores mencionados, y de otros muchos, tales como Luis Farré, Juan Carlos Torchia Estrada, Alberto Caturelli, Arturo A. Roig, Jorge Zamudio Silva, Luis Juan Guerrero, Angela Fernández, Delfina Varela Domínguez de Ghioldi (y la lista se podría extender), así lo testimonian.

Vinculada con la cuestión planteada, se levanta la del criterio de periodización histórica e historiográfica. En este problema hay que recordar que no existen criterios absolutos. Las razones para preferir un criterio u otro conducen finalmente a esta: la fiel representación de los fenómenos históricos y de sus relaciones y diferencias. En el estudio de la historia de la filosofía argentina, los criterios de la historiografía política, militar o económica, si bien hay que tenerlas en cuenta, no resultan adecuados. Las ideas filosóficas constituyen un aspecto de la realidad histórica total, se hallan interrelacionadas con todos los demás aspectos del proceso histórico, pero los criterios para establecer las diferencias y características de épocas, son distintos. Su validez depende tanto de la realidad estudiada como de la reflexión crítica que permite asentarlos. La periodización puede, pues, pensarse desde distintos ángulos, según sea el criterio de diferenciación adoptado. Sin embargo, la legitimidad de esos criterios tiene que fundarse en la correspondencia o adecuación con el desarrollo de la vida filosófica del pasado.

Puesta en claro esta cuestión, hay que repasar los criterios usados en la historiografía filosófica argentina. Los más empleados son desde el que se atiene a las corrientes filosóficas y el que estudia la sucesión de las generaciones filosóficas. Ambos son eficaces, legítimos y útiles, porque no son esquemas prejuiciales ni periodizaciones extrínsecas, cuando se los emplea con espíritu crítico. Son orientaciones que se conquistan progresivamente a través de la indagación y la reflexión crítica.

De acuerdo con el primer criterio, y sin que ello signifique la ruptura de la continuidad histórica, se han establecido los siguientes períodos: 1) escolástica; 2) ilustración e ideología; 3) historicismo romántico; 4) espiritualismo ecléctico; 5) positivismo y filosofía científica; 6) reacción del antipositivismo; 7) corrientes espiritualista, idealistas y vitalistas, filosofía de la praxis; 8) tendencias actuales.

La investigación ha establecido que el período llamado en términos generales escolásticos, no coincide totalmente con la época pre-independiente. Desde comienzos del siglo XVIII, se observa la penetración de la filosofía moderna en el Río de la Plata (Descartes, Locke, Malebranche, Wolff), aunque casi siempre dentro del marco de la filosofía suarista. En las últimas décadas de este siglo, se asiste a la penetración y desarrollo de la filosofía de las luces y la ideología, que predominan en los años de Rivadavia y se dilatan hasta 1842 en Buenos Aires, con Diego Alcorta.

El historicismo romántico es la filosofía que anima a los hombres que integran a "La Joven Argentina" en 1838. El espiritualismo ecléctico francés penetra durante la época de la organización nacional y llega con algunos profesores franceses, italianos y españoles, que llegan al país para organizar la enseñanza secundaria argentina. El positivismo y la filosofía científica se extienden, tomados en conjunto, desde la década del 80 hasta 1920, alrededor de cuya fecha su predominio en los ambientes universitarios desaparece. Las corrientes idealistas, espiritualistas, vitalistas y pragmatistas están presente en la reacción de los antipositivistas, que

comienza en torno de 1910. Posteriormente se desarrolló la fenomenología, los estudios axiológicos, la filosofía de la existencia, el neotomismo, la filosofía de la praxis, cuyos señalamientos temporales podemos establecer entre 1925 y 1950. En la actualidad están representadas todas las corrientes del pensamiento universal.

Si se toma en cuenta el criterio de las generaciones, la periodización se ha hecho con criterio treintenial (Korn, Alberini), o bien en particiones de 18 años (Matienzo) y en estos últimos años en etapas de 15 años, trabadas entre sí como las tejas de un techo, para decirlo con el lenguaje de Ortega y Gasset. De acuerdo con este punto de referencia, se distinguen las generaciones que siguen: 1) la de Mayo, con ideas de la ilustración; 2) la de 1825, donde predomina la ideología; 3) la de 1840, con el historicismo romántico; 4) la de los Constituyentes, con un romanticismo más realista, práctico y liberal que la anterior; 5) la de 1870 que difunde el espiritualismo ecléctico; 6-7) la llama del 80 y la siguiente de fines de siglo, que cultiva la filosofía positiva y la filosofía científica; 8) la del Centenario, que trae la reacción antipositivista; 9) la de 1925 con la que se desarrolla la fenomenología, la filosofía de la existencia y las corrientes que prevalecieron entre las dos primeras guerras mundiales; 10) la de 1940, que se ha formado en la misma atmósfera que la anterior, y cuyos hombres en plena madurez se encuentran en plena producción. Con ella comienzan, se intersecan los hombres de la promoción más reciente, que ya empiezan a dibujar sus perfiles filosóficos en la cultura argentina.

Quizá convenga insistir en que estos dos criterios de periodización no son externos ni artificiales. No rompen, por lo demás, la continuidad del proceso histórico. El movimiento de las ideas filosóficas no se sucede como las líneas tangentes. Los desarrollos sucesivos se intersecan, como queda dicho. Se advierte, por otra parte, dentro de la sucesión de las corrientes o bien de la de las generaciones, que aparecen en relación dinámica con el pensamiento tradicional que viene de las épocas pre-independientes. Ello se

advierde tanto cuando se considera la realidad filosófica del país desde la perspectiva de las direcciones del pensamiento como cuando se estudian las generaciones filosóficas, que nunca son uniformes y presentan sectores distintos, aunque algunos sean predominantes. El *humus* general donde crece el árbol de la filosofía argentina está fuertemente abonado por el cristianismo.

3. *Dependencia e independencia filosófica*

En la sucesión de la filosofía argentina ha habido, en dos períodos diferentes, una situación de dependencia de la filosofía con respecto a otras actividades espirituales. En el período pre-independiente, durante el predominio de la llamada filosofía escolástica, sea en la forma de los seguidores de Santo Tomás, o de Suárez, o de Duns Scotto, la filosofía es considerada una disciplina auxiliar de la teología. Esa situación de dependencia se observa en los estudios, la organización de sus centros de enseñanza, en el contenido de los sistemas desarrollados, en la convivencia entre filosofía y teología, que había sido resuelta en el sentido de la subordinación de la filosofía. Esa situación explica que no abunden tanto los trabajos de filosofía como los de teología, pues la meta de maestros y discípulos en sus estudios era la Facultad de Teología y no la de Filosofía.

Un segundo período de dependencia de la filosofía es la época del positivismo y la filosofía de la ciencia o cientificismo, cuando la reflexión filosófica pasó a ser prisionera del saber científico y la filosofía se convirtió en una concepción del mundo fundada en los últimos resultados e hipótesis de las ciencias.

En cambio, a partir de la reacción contra el positivismo la filosofía, progresivamente ha ido ganando una situación de independencia con respecto a la teología y a las ciencias. No significa ello que la actividad filosófica se separe o abstraiga del proceso histórico total y que no mantenga relaciones con todos los aspectos de la cultura del país. Lo que decimos es que lleva una vida de rela-

ción, pero no de dependencia. En la actualidad, en la Argentina, como por lo demás un poco en todas partes, la filosofía, la teología y las ciencias están buscando su propio *status* de convivencia, todavía por resolverse a causa de la crisis histórica y social por la que se atraviesa. Todas esas actividades tratan de responder a las exigencias y necesidades de nuestra época, mediante esfuerzos y progresos denodados, pero falta aun, y quizá siga faltando por mucho tiempo, el encuadramiento para una convivencia normal, que asegure la renovación, la independencia y la vida de relación de esas altas actividades espirituales.

La situación de dependencia de la filosofía durante las épocas señaladas, ha hecho que algunos críticos hayan negado la presencia de la filosofía en tales períodos. La respuesta es acertada si se entiende la filosofía como actividad pura u autónoma. No es adecuada si significa que la filosofía ha estado ausente totalmente, pues las fuentes documentales de que disponemos muestran que ha existido, aunque en situación zaguera y auxiliar.

4. *Calidad y nivel filosóficos*

Es indudable que la calidad y el nivel de los estudios filosóficos han crecido notablemente en el país. No ha habido un ascenso creciente, ha habido desniveles y hasta retroceso o intermitencias, sobre todo durante buena parte del siglo XIX, en la época en que el país luchaba por su independencia y organización políticas. El pensamiento argentino se caracteriza durante esas etapas por su índole activa y su carácter práctico. No se puede afirmar que existiera pensamiento filosófico desinteresado, o bien con sesgos de originalidad acentuada. Eran épocas en que había que actuar, convivir, chocar, sufrir. La dura brega civil y la tarea de conducir el país por vías de progreso, el bienestar y la cultura, exigían todas las energías. Los hombres de entonces trabajaban con el corazón caliente y la pasión del mediodía de la vida. Los guías y próceres iluminaron su acción con sistemas de ideas más o menos bien fun-

dados. Las ideas eran más vividas que pensadas críticamente. No por ello hay que desconocer el esfuerzo notable por asimilar, seleccionar y aplicar las ideas filosóficas, particularmente de filosofía política, de la historia, el derecho y la educación. Verdad es que se avanzaba con algún retraso con respecto al estado de la filosofía en Europa, que a veces alcanzaba a los treinta años. No podía ser de otro modo.

A contar de la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1895, para asentar algún punto de referencia, la calidad y el nivel de los estudios filosóficos ha aumentado significativamente. Hitos importantes que pueden señalar en ese camino han sido Rodolfo Rivarola, José Ingenieros, Alejandro Korn, Alberto Rougés, Coriolano Alberini, Francisco Romero, Carlos Astrada, Luis Juan Guerrero, Vicente Fatone, Miguel Angel Virasoro, para mencionar sólo algunas de las figuras desaparecidas. En todos ellos, además de la calidad del espíritu crítico, se advierte originalidad en ciertas búsquedas filosóficas en el terreno de la ontología, la teoría del conocimiento, la antropología filosófica, los estudios axiológicos. También se observa originalidad en la unidad sintética, de síntesis espiritual de elementos diversos, que presenta el pensamiento de tales autores. Ese esfuerzo por recoger en unidad de síntesis diversidad de elementos, es una constante que también se reconoce en los siglos XVIII y XIX. Son síntesis filosóficas que no toleran su reducción a los aspectos que la forman.

El crecimiento de nivel y calidad se mantiene en las actuales promociones maduras y jóvenes, que prolongan el esfuerzo de los pensadores precedentes, se trabaja con instrumentos cada vez más preciosos y afinados. Se dan a conocer obras y trabajos filosóficos de importancia, algunos de importancia y significación internacional. La consulta de las fuentes de todas las épocas es directa y el conocimiento de los filósofos europeos y americanos es muchas veces personal. Además de los problemas fundamentales de la filosofía, han adquirido desarrollo en el país los estudios de historia

de la filosofía antigua, medieval, moderna y contemporánea. A ello se suma el interés cada vez mayor en reconocer la propia tradición filosófica del país.

5. *El problema de la originalidad y las influencias*

Suscita dificultades el estudio de la filosofía argentina en su originalidad. En los estudios historiográficos que se han realizado de ella, predominan las investigaciones de influencias europeas. Esta orientación termina en muchos casos por advertir las coincidencias, lo genérico y exterior. Se reduce el movimiento filosófico vernáculo a cuadros y líneas de épocas. Es una orientación que tiene el inconveniente de hacer olvidar lo propio, singular, y original, aunque esa originalidad se muestre en trabajos breves o en pocas páginas. Por cierto, para descubrir esos estudios originales, hay que prescindir del espíritu reductivo que supone la búsqueda de las influencias, que coloca a los pensadores americanos en el lecho de Procusto de los moldes europeos. Para ello hay que estar allá y acá, lo cual hace la tarea del historiador de la filosofía argentina y en general americana muy dificultosa. No hay que olvidar, por otro lado, el carácter de síntesis espiritual que ofrece el pensamiento filosófico en estas latitudes, según queda dicho.

Entre lo recibido —las influencias europeas— y lo propio en los autores filosóficos, brota una relación que no tiene que ser pensada por vía de exclusiones. De lo contrario se cae en oposiciones falsas y perjudiciales para la comprensión de la realidad filosófica. Se llega por este camino a la convicción de que el espíritu argentino está hecho de elementos europeos, y que, bien vista las cosas, la mejor manera de cultivar aquél consiste en abastecerse con las creaciones del último. O, por la otra vía, se llega a la afirmación de que sólo hay que atender a lo propio, sin mirar a lo que han hecho, hacen o harán los europeos. En el primer caso, se corre el riesgo de considerar la historia del pensamiento filosófico del país como una sucesión de yuxtapuestas capas de doc-

trinas y corrientes, superpuestas y sin relación interna entre ellas, lo cual impide considerarlas a la luz de la idea histórica de desarrollo. No habrá en tal caso proceso de asimilación ni elaboración crítica, ni menos aún originalidad. Las manifestaciones "nuevas" no pasarán de modas, precisamente por ser producciones debida a la iniciativa de Europa.

En el segundo caso, el peligro consiste en el aislamiento dentro del estrecho espíritu particular, sin posibilidades de irradiación universal. "¡Ocúpense de ustedes mismos, no estén ocupados más que de ustedes mismos!", decía a los argentinos hace diez años Jean Cassou. Lo sensato y fecundo en materia filosófica, como en las otras actividades de la cultura del país, es la interrelación y la amalgama de las energías y capacidades propias con el espíritu de iniciativa y creación europeos, en busca siempre de obras filosóficas nuestras y originales. No se trata de dividir, sino de unir en intercambio recíproco el espíritu de inventiva de Europa y América.

6. *Contenido de la historiografía filosófica argentina*

Cuestión de orden general, como las anteriores, es la de precisar el contenido de la historia de la filosofía argentina. ¿Se limitará estrictamente a estudiar la filosofía o se ocupará también de las concepciones del mundo? Esta dificultad surge del trato con los materiales documentales. Ha habido etapas del pasado intelectual de la Argentina en que predominaron las concepciones del mundo, o, con expresión más modesta, los credos o creencias filosóficas. Es lo que ocurre con las "Palabras Simbólicas" de "La Joven Argentina", asociación que nucleó a los principales representantes de la llamada generación de 1837, con nombres como los de Echeverría, Alberdi, López, Sastre, Lamas y otros. Concepciones del mundo encontramos a comienzos de este siglo XX, en autores del movimiento científicista, tales como Ameghino, quien fijó la suya en su libro "Credo Filosófico", o como Carlos Bunge, cuya obra "Nuestra América", contiene en sus páginas iniciales su sistema de

creencias. Lo propio ocurre en algunas figuras de la generación del Centenario, entre otras Ricardo Rojas y su libro "Eurindia".

Quizá convenga recordar aquí que las concepciones del mundo ("Welt-ansehungen") tienen una significación distinta de las cosmovisiones ("Welt-birden") y los mundo vividos ("Weltleben"). Las primeras se caracterizan por ser una interpretación global del mundo y la vida durante una época determinada o de un autor. Así hablamos del romanticismo y el positivismo como concepciones del mundo, o de la concepción del mundo de Goethe, De Santis, Santayana o Proust. Se trata de intuiciones generales del mundo, con especial referencia al sentido y valor de la existencia humana. Indican fundamentalmente adhesión apasionada y dinámica o activa de la personalidad a una actitud metafísica. No tienen sentido de los problemas y carecen de espíritu. Las hay de diferente valor especulativo, de largo o corto metraje, por decirlo así, como la de Dostoievsky por un lado, y la del viejo Vizcacha, por el otro. Cumplen un papel importante, porque los hombres urgidos por las necesidades espirituales de su época, no siempre pueden aguardar los esclarecimientos filosóficos, arduos, críticos y antidogmáticos.

En la formación de las concepciones del mundo, que como respuestas finales pueden ser en azul o en negro, intervienen elementos de diverso origen: telúricos, étnicos, biológicos, sentimentales, históricos, sociales, religiosos.

Las cosmovisiones son interpretaciones del cosmos y ponen el acento en la realidad física. En la actualidad adquieren interés en la filosofía el estudio de los mundos vividos por las gentes de una época en la vida cotidiana, en la trama normal del curso histórico, o, si se prefiere en el pragma de la época.

Si la historiografía filosófica argentina se restringiera al estudio de las corrientes filosóficas, tendría que prescindir de todos los materiales documentales de credos filosóficos o de mundos vividos, con el consiguiente empobrecimiento de la historiografía especializada de que hablamos.

Por cierto, no hay que olvidar que durante la época de las Guerras Civiles, de tremenda agitación en todos los aspectos de la vida del país, no había tiempo para el cultivo desinteresado y sin urgencias prácticas de la filosofía. Los centros de educación filosófica de esa época (Colegio de la Unión del Sud, Colegio de Ciencias Morales, Departamento Introdutorio de la Universidad de Buenos Aires, Colegio Monserrat y Universidad de Córdoba, etc.), sufrieron la grave repercusión de aquellas guerras civiles, haciendo muchas veces que desaparecieran o que llevaran una vida de postración espiritual y científica.

Hay que esperar que transcurra toda la época de la Organización de la Nación, y aún quince años más, para asistir, ya en 1895, a la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyos años iniciales fueron de grandes dificultades, hasta alcanzar, sobre todo a partir de 1920, la importancia filosófica que es justo reconocerle en la historia cultural del país.

Pensamos, en suma, que la historiografía del pensamiento filosófico argentino tiene que incluir no sólo el estudio de la filosofía estrictamente tal, sino además las otras modalidades mencionadas del pasado intelectual argentino.

7. *Los estudios filosóficos regionales*

Como acontece con los estudios históricos generales, Buenos Aires tiene un lugar adelantado en la investigación del pasado filosófico de la Argentina. Este predominio obedece a la situación histórica y general del país, a partir de 1860, cuando se inicia la "porteñización" de la Nación en todos los aspectos de su vida. La cultura, y con ella los estudios filosóficos, no podían ser una excepción a ese proceso histórico de centralización en sus aspectos políticos, sociales y económicos.

Con la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras (1895) y de Humanidades en La Plata (1914), Paraná (1920), Tucumán (1938),

Mendoza (1939), Córdoba (1940), Rosario (1947), Bahía Blanca (1956) y Resistencia (1956), y la labor realizada por esos focos de irradiación cultural, comienza a observarse cierta descentralización, que hace que esas ciudades hayan salido de su situación de la minusvalía aldeana, para convertirse en importantes centros de irradiación de la cultura nacional. En esas ciudades y en otras desparamadas en toda la extensión del país, se encuentran lugares donde se pueden cultivar las nociones desinteresadas de la filosofía, las artes y las ciencias puras.

La densidad cultural de Buenos Aires explica que allí surgieran los primeros estudios acerca del desarrollo de la filosofía en la Argentina. Aludimos a los trabajos de Korn, Ingenieros, Rojas, Alberini, Guerrero, Fernández, Zamudio Silva, Zuretti y otros. Los documentos y las fuentes investigadas por esos autores fueron ofrecidos por los archivos de Buenos Aires y La Plata. Esas investigaciones han situado en lugares sillares a determinadas figuras del pensamiento filosófico argentino.

En estos años recientes el interés de la investigación se ha extendido a otras zonas del país. Se han dado a conocer estudios acerca de escritores filosóficos de Córdoba (Saúl Taborda, Nimio de Anquín y otros); Tucumán (Alberto Rougés, Benjamín Aybar, Alfredo Coviello, Sisto Terán); Mendoza (Manuel A. Sáez, Monseñor Faustino Arredondo, Julián Barraquero) y San Juan (Benjamín Sánchez). De esta preocupación para sacar a luz nombres y escritos olvidados, participan algunos investigadores actuales, tales como Diego F. Pró, Arturo A. Roig, Alberto Caturelli, Ramón A. Leoni Pinto y otros.

Existen materiales de interés filosófico que permanecen ignorados en provincia. Cuando se realicen los estudios monográficos de los mismos, no sólo se tendrá conocimiento más fiel de la contribución de las distintas regiones al desarrollo del pensamiento filosófico del país, sino una visión integrada de su historiografía filosófica.

8. *Perspectivas y proyecciones*

Por lo que hace a las perspectivas de la filosofía argentina, quizá sea aconsejable distinguir entre docencia e investigación filosófica. En ambos sentidos cabe ser optimista. De una u otra forma, con nivel universitario o superior, todas las ciudades importantes de la Argentina poseen Facultades, institutos y centros de enseñanza y estudios filosóficos. Esta abundancia de lugares donde se puede realizar la vocación filosófica no es resultado exclusivamente de la preocupación de universidades y establecimientos públicos. También ha contribuido notablemente a formar el espíritu filosófico del país instituciones privadas, como la Sociedad Kantiana de Filosofía, los Cursos de Cultura Católica, el Colegio Libre de Estudios Superiores, las sociedades de filosofía, los centros de investigación filosófica. Todo ello revela una realidad o presencia concreta de la filosofía en la vida histórica y social argentina.

Confirma esta visión optimista el movimiento bibliográfico en asuntos filosóficos: ediciones de fuentes de todas las épocas, de críticos y comentaristas, de historiadores de la filosofía, publicación de revistas especializadas, cuadernos, anuarios, libros. Cuando hay algo que decir en verdad en filosofía, hasta en la transitoriedad del diálogo y el periodismo se lo puede hacer. Cuando se trate de algo valioso o atendible siempre hay modos de fijarlo o rescatarlo. Y habría que recordar los importantes congresos, jornadas y encuentros que se realizan en el país.

Como el desarrollo filosófico no ocurre fuera del proceso histórico, cabe ser optimista. El aumento de la densidad cultural del país significa también el aumento en calidad y nivel de los estudios filosóficos, sin caer por eso en ningún automatismo histórico.

Por cierto, dentro del horizonte aludido y de esta perspectiva optimista hay algunos aspectos de incertidumbre y zozobra. Se habla y se escribe muchísimo sobre la crisis de la filosofía y su importancia en la sociedad de nuestro tiempo. Pensamos que más que crisis de la filosofía como tal, a lo que se asiste es a una crisis

histórica, social, económica. El hombre de esta época está abandonando ideas, actitudes, pautas, conductas y estilos, pero a la vez está creando denodadamente otros. Como siempre los comienzos o los orígenes son oscuros y difíciles. No es menos cierto que la misma filosofía es la que responde a las exigencias de los tiempos trocándose reflexivamente en filosofía de la crisis, lo cual significa, además de una toma de conocimiento de la situación, el comienzo de la superación de la misma.

Como en situaciones semejantes de su historia milenaria, la filosofía seguramente habrá de superar, en forma interrelacionada con los demás aspectos de la actividad humana, los problemas y dificultades de los tiempos actuales. No olvidemos que los filósofos, como los héroes verdaderos, han sabido transitar siempre por donde no hay caminos y al caminar van haciendo senderos para los demás hombres. Rendimos reverencia a todos los que no habiendo nacido en nuestra tierra, han ayudado con inteligencia y bondad al desarrollo del espíritu filosófico argentino y a nuestros filósofos desaparecidos, ausentes corporalmente, pero que prosiguen entre nosotros con sus ideales humanos de libertad y de justicia para todos.

Estos ideales dignos de celebrarse en este Congreso de Filosofía de Alta Gracia, aunque acaso haya dificultades en realizarlos en las presentes circunstancias del mundo, animaron de uno u otro modo la inteligencia de filósofos argentinos, vueltas ausencias esenciales entre el Primero (1949) y el Segundo Congreso de Filosofía (1971). Aludimos a Luis Juan Guerrero, Emilio Gouirán, Coriolano Alberini, Francisco Romero, Luis Guillermo Martínez Villada, Vicente Fatone, Miguel Angel Virasoro, Angélica Mendoza, José Juan Bruera, César Pico, Audino Rodríguez Olmos, Carlos Astrada, Benjamín Aybar. Para ellos el tributo de reconocimiento de este Simposio de filosofía.